

por descubrir que era *uno* de sus miembros, *uno solo* con mucha frecuencia, y lo más frecuente Marat, quien por todos, sin prevenirlos, había firmado con sus nombres, redactado el mandato de detención, autorizado al *quidam*.

Las autoridades de París no se contentaban ya con reinar en aquella ciudad. Extendían su reino á treinta y á cuarenta leguas. Daban á las gentes á las que se les ocurría llamar *administradores de la salud pública* poderes concebidos en estos términos: «Autorizamos al ciudadano tal para que se traslade á tal ciudad para que se apodere de las personas sospechosas y de los efectos preciosos.» Desde las ciudades aquellos comisarios, con su espíritu de conquista, circulaban por los campos, iban á los castillos cercanos, y tomaban y se llevaban todos los objetos de valor.

La ocasión era oportuna para atacar á la Comuna. La Asamblea tomó sus medidas y esta vez con una temible unanimidad, que demostraba que los dantonistas obraban de acuerdo con la Gironda.

La Asamblea publicó un decreto *prohibiendo que se obedeciera á los comisarios de una municipalidad fuera de su territorio.*

Un golpe no menos grave se asestó á la Comuna y á todo aquel pueblo de agentes que creaba á su capricho, delegando su tiranía en el primero á quien se le antojaba ceñirle su terrible banda. A propuesta del dantonista Thuriot decretó la Asamblea que *«todo el que indebidamente usara la banda municipal sería castigado con la muerte.»*

No nos cabe duda de que en esta ocasión habló Danton por boca de Thuriot, tomando la revancha del beso de Marat.

Se quería hacer creer para justificar tan violento decreto, que todas aquellas gentes con banda, que sin derecho ni autoridad ponían los sellos, hacían embargos y se llevaban lo que les parecía, eran unos pillos. ¿Acaso los mismos municipales estaban completamente limpios? Tentados estamos á dudarlos. Su ilimitada autoridad, la disposición absoluta que en todos los asuntos se atribuían, les colocaba en una pendiente muy resbaladiza. Era de temer que aquellos brutos, inflexibles por naturaleza, inaccesibles á la piedad, verdaderos estoicos para los demás, lo fuesen menos para ellos mismos. ¿En el vértigo del momento, con el manejo confuso, indistinto de tantos asuntos y de tantos objetos, no se impondría la pasión dominante? (por que todos tienen una, éste las mujeres, aquél el dinero, etc.).

Se cuenta que el comité de vigilancia que tenía en su poder los despojos de los muertos de Septiembre, una gran masa de alhajas, tuvo la idea en un momento de apuro público de convertirlas en dinero. Quizás era un poco demasiado pronto (algunos días después de la matanza); apenas había habido tiempo para lavar las manchas; aquellas joyas olían á sangre. Anillos abollados por el sable que había cortado los dedos, pendientes arrancados con trozos de orejas, eran en verdad cosas demasiado tristes que no convenia enseñar; mejor hubiera sido en-

terror aquellos tristes despojos marcados con las huellas de la muerte, que no podían llevar la buena suerte á nadie. Los miembros del comité trataron de venderlos en pública subasta; pero por muy pública que fuese no era menos sospechosa; ¿quién se hubiera atrevido á pujar ningún objeto si se les antojaba decir que ellos compraban tal ó cual? Y esto es precisamente lo que ocurrió. Sergent, por su condición de artista, miraba y daba vueltas sin cesar á un camafeo de ágata, de gran precio: «No era, dice en sus justificaciones, un camafeo antiguo.» Poco importa; fuese antiguo ó moderno, se enamoró de él. Nadie se atrevió á pujarle. Sergent lo adquirió por el precio de tasación. ¿Lo pagó? aquí comienza la disputa. Sergent, en sus Notas, dice: Sí; la información conservada en la prefectura de policía parece que dice: No. Se inclina uno á creer que el artista necesitado, que recibía una pequeña indemnización por su asistencia al rey de Francia, obró en aquella ocasión realmente, se reservó el derecho de pagar cuando quisiera y provisionalmente se adjudicó el objeto que había excitado su capricho. No hay duda de que pudo coger otras cosas mucho más preciosas. Sea como fuere, Sergent, en su larga vida, muy honrada, ha sufrido esto miserablemente, hablando de ello sin cesar, escribiendo de ello sin parar, apostándose al paso de los extranjeros de Europa, deteniéndolos, obligándolos por decirlo así, á oír su apología. Hasta su muerte, estuvo como perseguido por aquel fúnebre dije, que parece haberle tentado pérfidamente para amargarle sus días con el recuerdo de Septiembre.

Todo el mundo, en realidad, en aquellos momentos, obraba á lo rey. Habiendo sido descubiertos bajo los escombros del Carrousel unas cuevas con toneles de aceite y de vino, los transeuntes, como pueblo soberano, herederos naturales del rey, decidieron que el aceite y el vino les pertenecía. Bebieron el vino, vendieron el aceite, y todo esto sencillamente, en pleno día, sin reparos ni escrúpulos.

No era esto solo. Se recordará que un miembro de la Comuna había creído en el mes de Agosto que debía retirar del Guarda-Muebles un cañoncito de plata. Este hecho llamó la atención de algunos sobre el depósito dicho.

Notaron que apenas estaba custodiado; no se podía ni reunir ni mantener un destacamento bastante numeroso de guardia nacional. En el saqueo universal que imperaba por doquier, se adjudicaron la mejor parte, los diamantes de la corona. Se llevaron entre otros el *Regente*, y esperando la ocasión de poderse deshacer de él, le ocultaron bajo una viga de una casa de la Cité.

La audacia de semejante robo revelaba bien á las claras la debilidad de los poderes públicos. El ministro del interior iba invariablemente todas las mañanas á la Asamblea á confesar que no podía nada, que no era nada, y que la autoridad ya no existía.

La conciencia pública flotaba, conmovida por la matanza; muchos hombres juzgaban problemático el derecho del prójimo á la vida. Un

cura, el superior de Sainte-Barbe, había obtenido, el 10, un pasaporte de Roland, á título de humanidad; esta era la nota del ministro. En el momento de partir, hizo noche en casa de un pariente suyo, que le *septembrizó*. El hecho fué revelado por una muchacha que durmió con el asesino aquella misma noche.

Circulaban rumores horribles; las prisiones, llenas de nuevo y atestadas, temían de un momento á otro que empezase otro degüello general. Los prisioneros de Santa Pelagia, con la agonía del miedo, dirigieron una petición á la Asamblea para que no se les matase, por lo menos antes de juzgarles.

La misma Asamblea estaba tan en peligro como todo el mundo. Marat pedía todos los días que fueran degollados aquellos traidores, aquellos realistas, aquellos partidarios de Brunswick. Asesinar á la Legislativa era su tema ordinario.

Lo más extraño, lo que no se hubiera podido adivinar jamás, es que al parecer quería ya que se degollase á la Convención que no existía todavía. Recomendaba al pueblo que la rodeara, «que quitase á sus miembros el talismán de la inviolabilidad, á fin de poder entregarlos á la justicia popular... Importa, decía, que la Convención esté sin cesar á la vista del pueblo y que pueda apedrearla...»

Degollar á la Asamblea antigua, amenazar de muerte á la otra que llegaba, era el medio infalible para impedir el restablecimiento del orden, toda resurrección del poder público.

Y hubo felizmente diputados enérgicos que, importándoles poco vivir ó morir, insistieron con indignación para salvar al menos su honor, para rechazar el infame dictado de traidores que tan atrevidamente se prodigaba contra los miembros de la Asamblea. Aubert-Dubayet instó á la comisión encargada de examinar los papeles cogidos el 10 de Agosto, para que dijera si había alguien que inculpase verdaderamente á alguno de los representantes. El irreprochable Gohier, miembro de esta comisión, repuso:

«*Que examinados aquellos papeles en presencia de los comisarios de la Comuna, no habian ofrecido nada que pudiese arrojar la menor sospecha contra ninguno de los miembros de la Asamblea legislativa.*»

Cambon se expresó entonces con la profunda indignación de la virtud ultrajada.

«¡Se dice, se publica que cuatrocientos diputados son traidores, y continuamos aquí repitiéndonoslo al oído!... ¡No, no, *muramos si es preciso pero que se salve Francia!*... La soberanía esta usurpada. ¿Por quién? Por treinta ó cuarenta personas asalariadas por la nación... ¡*Que se armen todos los ciudadanos!* ¡*Requiramos la fuerza armada!* Ella aplastará á esas gentes de lodo que venden la libertad á cambio de oro. Pido que las autoridades comparezcan ante la barra, que la Asamblea les diga el estado de París y les recuerde su juramento.»

Esta violenta exclamación con que el hombre más considerado por su probidad hacía una especie de llamamiento á las armas contra la Comuna era menos terrible aun en si misma que por la ocasión que la había motivado; la ocasión era nada menos que el robo del Guarda-Muebles. El suceso del cañón de plata, el de la plata robada, el del camafeo de Sergent, un gran número de embargos ilegales de objetos preciosos, la falta de orden y de contabilidad, hacían demasiado verosímil esta acusación (en realidad, *injusta*).

Aquel mismo día, 17 de Septiembre, Danton creyó que la Comuna estaba bastante quebrantada, y tuvo un rasgo de audacia. Sin preocuparse de lo que dijera el comité de vigilancia, ni de los ladridos de Marat, encargó el asunto de Duport, no al tribunal extraordinario, como había ofrecido él mismo, sino sencillamente al tribunal de Melún, encargándole que fallase acerca de la legalidad de la detención de Duport.

Este tribunal no perdió un minuto, y el 17, en cuanto se recibió el correo, declaró ilegal la detención y puso en libertad al prisionero.

Danton aprovechó la ocasión para hacer una cosa muy humana. Hizo abreviar para todos los detenidos que habían escapado de la matanza, el tiempo de su detención.

Un hecho demostró cuanto había cambiado la situación en pocos días: una comuna del Franco-Condado no temió prender á dos de aquellos terribles *comisarios de la salud pública*. La comuna del Champlitte, en nombre de la igualdad, declaró que no obedecía á la de París.— Este ejemplo fué imitado por un gran número de ciudades.

El consejo general de la Comuna comprendió que ya era tiempo de sacrificar á su comité de vigilancia.

El 18 por la noche se sublevó violentamente contra este comité, rechazó sobre él la responsabilidad de todo lo que se había hecho, le anuló y recordó que ninguna persona extraña al consejo general podía formar parte del comité de vigilancia. Esto en contra de Marat, introducido subrepticamente, contra Panis, el culpable introductor de Marat.

La loca y furiosa audacia de los maratistas era tan conocida, que no podía creerse que recibiesen aquel golpe sin contestar con un crimen, con alguna nueva tentativa de matanza. Estos temores aumentaron en vez de disminuir, cuando el 19, declaró el consejo general que estaba dispuesto á morir por la seguridad pública.

El mismo día proclamó la Asamblea, en un manifiesto para terror de la Francia, el rumor que corría. Que el día en que cesara la Asamblea en sus funciones *serían asesinados los representantes del pueblo*. Sancionó medidas de seguridad para la ciudad de París, singularmente aquella federación de defensa mutua de la que había dado el ejemplo la sección de la Abadía, y la obligación que tenían todos los ciudadanos de llevar siempre consigo una tarjeta de seguridad.

A pesar de todas estas precauciones nadie estaba tranquilo. Nadie se persuadía de que Francia franquearía sin algún nuevo y terrible choque el temido paso de la Legislativa á la Convención. ¿Aquellos que para sostenerse habían empuñado una vez el puñal del 2 de Septiembre, vacilarían en volverle á empuñar? Nadie lo creía. Un gran número de



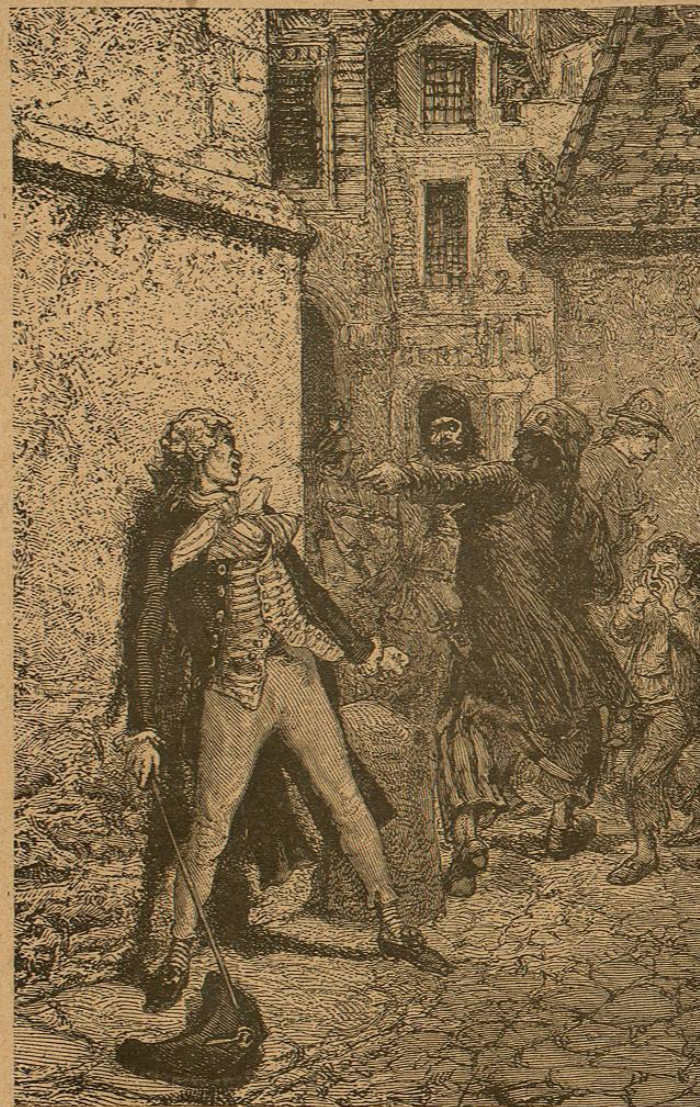
LOUBET

diputados estaban convencidos de que les quedaba muy poco tiempo de vida. La mayor parte juzgaba que era inminente una nueva matanza en las prisiones. Vergniaud halló en aquella espera, temible para los corazones vulgares, en un raptó de inspiración sublime, una frase sagrada que repetirán los siglos venideros.

Otros que no tenían derecho para decirla, han usurpado aquella frase. Han dicho después que Vergniaud: «¡Perezca mi memoria por la salvación de Francia!» Para que se inmoles su memoria, es preciso

primero que sea pura. La víctima debe ser pura, para que sea agradable á Dios.

Vergniaud, después de haber hablado de la tiranía de la Comuna y



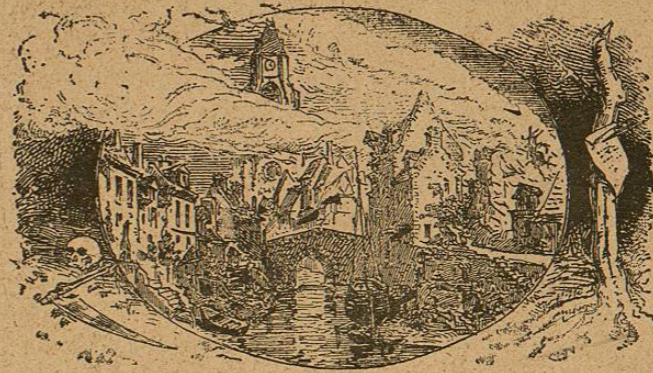
Si el hombre despojado gritaba, los ladrones gritaban mucho más alto:
«¡Al aristócrata!» (Pág. 259)

demostrado que Francia estaba perdida si no derrocaba aquella nueva realeza: «Tienen puñales ya, lo sé... ¿Pero qué le importa la vida á los representantes del pueblo cuando se trata de su salvación?... Cuando

Guillermo Tell apuntó la flecha para disparar contra la fatal manzana colocada sobre la cabeza de su hijo, dijo: ¡Perezcan mi nombre y mi memoria, con tal de que Suiza sea libre!... Y nosotros también diremos: ¡Perezca la Asamblea nacional, con tal de que sea libre Francia! ¡Que perezca, si evita una mancha al nombre francés! *si su vigor enseña á la Europa que á pesar de las calumnias, hay aquí algún respeto á la humanidad y alguna virtud pública!... ¡Sí, perezcamos y ojalá sobre nuestras cenizas puedan nuestros sucesores, más felices, asegurar la dicha de la Francia y fundar la libertad!»

La Asamblea en masa se levantó, lo mismo que el público de las tribunas. Aquella generación heroica se sacrificó en aquel momento, por las que habían de venir. Todos repitieron á una voz: «¡Sí, sí, perezcamos, si es preciso... y perezca nuestra memoria!»

El pueblo que esto decía merecía no perecer.—Y en aquel mismo momento se había salvado. Francia ganó tres días después la batalla de Valmy.



CAPITULO XVI

Batalla de Valmy (20 de Septiembre del 92.)

Impulso de la guerra.—Muerte heroica de Beaurepaire (1.º de Septiembre).—Ofrecimiento patriótico.—Admirable concordia de los partidos.—Dumouriez apoyado por los Girondinos, los Jacobinos y por Danton.—Abnegación unánime de todos.—Profunda inmoralidad de las potencias invasoras.—Duda é incertidumbre de los alemanes.—Goethe y Fausto.—Indecisión del duque de Brunswick.—Los prusianos hablan de restaurar el clero y de obligar á que sean devueltos los bienes nacionales.—Pureza heroica de nuestro ejército; como recibe á los septembrizadores.—Dumouriez se deja envolver.—Unanimidad para sostenerle.—Estado formidable de los campos del Este.—Dumouriez y Kellermann en Valmy (20 de Septiembre).—Firmeza del ejército bisoño bajo el fuego.—Los prusianos avanzan dos veces y se retiran.

El gran orador había sido, en aquel momento sublime, el pontífice de la Revolución. Había hallado y dado la fórmula religiosa de la abnegación heroica. Así en las antiguas batallas de Roma, cuando la victoria estaba indecisa, cuando vacilaban las legiones, avanzaba el pontífice, vestido de blanco, al frente del ejército y pronunciaba las palabras del rito sagrado; se presentaba un hombre, Decio ó Curtio, que las repetía palabra por palabra y se sacrificaba por el pueblo. Aquí, Vergniaud fué el pontífice; pero no fué un hombre el que repitió su fórmula, fué todo el pueblo. Francia fué Decio.

No, la anarquía de París no debía engañar á nadie sobre el carácter de aquel momento. Aquella muerte era una vida. El alejamiento que se reprochaba á la población por los trabajos interiores obedecía á su impulso por la guerra. Comprendía muy bien instintivamente que la batalla del mundo no se libraría aquí.

La defensa está en la mano y no está en el corazón. Preparar la defensa de París es siempre el augurio más triste. Sépase bien que el día en que el pesado materialismo de la monarquía fortificó á París, lo debilitó. El día en que queráis que sea inexpugnable derribad sus murallas.

La defensiva no es para Francia. Francia no es un escudo. Fran-